

# El Eco de Cartagena

## Decano de la Prensa de la Provincia



Subscripción.—En la Península: Un mes, 1 pta.; tres meses, 750 id.; La suscripción se cobra adelantada. No se devuelven los originales. Administración, Mayor, 74.—Administración, Mayor, 46.

Condiciones.—El pago será adelantado y en metálico, o en letras de giro cobro.—Correspondencia.—París, Mr. A. Lorelle, 11, rue Reaumur; Mr. John P. Jones, 31, Faubourg Montmartre; New-York, Mr. George B. Fox, 21-Park Row; Berlín, Rudolf Mosse, Journalisten-Strasse, 43-49.—L. correspondencia al Administrador

### Desde Alcázar - Kevir

El Duque de San Pedro de Galatari. Hace pocos días desembarcó en La Rache este ilustre prócer continuando su viaje a esta ciudad de Alcázar.

No es su viaje de sport ni de placer. Viene a África el duque de San Pedro, Conde de Benalúa a crear intereses españoles en esta zona de Marruecos al amparo de nuestras armas.

No viene sola esta ilustre personalidad. Le acompaña un ingeniero y peritos agrónomos.

Desde su llegada a Alcázar no descansa, recorriendo todos los alrededores de la ciudad, estudiando las condiciones de los distintos parajes que visita.

No pierde el tiempo el Conde de Benalúa que abandona las comodidades de una estación veraniega y al día siguiente de su llegada empieza con su personal técnico a proyectar el trazado de un ferrocarril de vía estrecha que una esta ciudad con Larache.

A los que aquí estamos nos rebosa la alegría al ver que no ha de ser infundado el sacrificio que para la Patria representa el mantenimiento de nuestras tropas en África.

Al amparo de la enseña nacional y por ende de las armas españolas vamos viendo venir capitales españoles a extender y acrecentar los límites de España en este suelo virgen de África.

El Duque vive en el campamento de *Sidi-Ali-Ben-el-Kabou*, y los ratos que le deja libre su objetivo principal, visita los campamentos, observa los menores detalles de la vida del soldado, su alimentación, alojamientos etc.

Tanto a las tropas de Alcázar como a las de Larache les hizo un espléndido donativo en metálico.

En el día de ayer fué obsequiado con un almuerzo en el campamento de *Muley-La-Ki* por la oficialidad de Infantería de Marina.

En este campamento alojan el primer Batallón del primer Regimiento que manda el Teniente Coronel Dueñas, y dos Compañías del Apostadero de Cartagena al mando del Comandante don Juan Ros.

El almuerzo fué suculento dentro de los medios de que se dispone en estas tierras. Vinos los hubo de las más acreditadas marcas españolas.

Asistieron al acto el Teniente Coronel Silvestre con su Capitán de Estado

Mayor y un oficial de Caballería a sus órdenes y no pudo asistir el Consul de España señor Clará, por encontrarse enfermo aunque por carta se adhirió al acto.

Al descorcharse el champagne, el Duque, en tono familiar, aunque con elegante frase y fácil palabra agradeció aquel inmerecido homenaje, que aceptaba a título de español. Dirigió un entusiasta saludo al Teniente Coronel Silvestre que con 1.600 hombres había llegado a cincuenta kilómetros al interior de África, ocupando una extensa zona en país no amigo y que en caso necesario no tendrían más defensa que los pechos de este puñado de españoles que sabrían dejar como siempre, a valor, el honor de España. Levantó su copa por la Patria, por los soldados, y por S. M. el Rey mezclándose los atronadores vivas con los majestuosos acordes de la Marcha Real.

Habló luego el Teniente Coronel Sr. Dueñas enalteciendo la patriótica labor del Sr. Duque, saludando al Teniente Coronel Silvestre a quien estas fuerzas secundarán con entusiasmo y expresó la inquebrantable adhesión de las tropas de Infantería de Marina a la augusta persona del Monarca.

Finalmente el Teniente Coronel Silvestre dedicó un recuerdo cariñoso a la Patria cuya genuina encarnación y compendio es el Rey.

A propuesta del Capitán de infantería Sr. Galisonga se dirigió por r. dio un entusiasta saludo y testimonio de admiración al bravo ejército de Melilla que en aquella parte de suelo africano pelea por el prestigio de España y por la causa de la civilización, que fructificará en este suelo, abonado por sangre generosa de heroicos hijos de España. Y con entusiastas vivas a España y al Ejército terminó tan hermoso acto que por mucho tiempo quedará grabado en el corazón de los que tuvieron la dicha de asistir a él.

CORRESPONSAL Muley-La Ki, 18 Septiembre 1911.

### Viaje del Rey

Madrid 23-9-m. En el expreso de anoche salió su majestad el Rey para San Sebastián, después de haber conferenciado con el señor Canalejas acerca del estado de las huelgas.

A despedir a don Alfonso acudieron a la estación el Gobierno, las autoridades y palaciegos.

La Corte regresará a Madrid el próximo sábado.

### SONETOS

## ¿Muchos ó pocos?

### TRIPTICO

#### I LOS MAS

—¡Somos los más!—exclaman los tiranos, que apoyan en la espada el cesarismo.

—¡Somos los más!—repite el fanatismo y pregonan los pueblos soberanos.

Y son los más, los viles ciudadanos, que explotan la virtud del socialismo; los que hundieron a España en el abismo, los piratas del Norte americano.

Este es el siglo de la fuerza bruta, irrisión de la paz y del progreso, del capricho, que es ley, por mayoría,

¡oh multitud, odiosa prostituta, que a Jesús condenaste sin proceso, y absolviste a Morra! con felonía!

#### II LOS MENOS

La virtud, el poder, el heroísmo, la ciencia, el arte, el genio, la poesía forman la excelsa y fuerte minoría, en que el hombre engrandécese a sí mismo.

No hay más que un Dante, un Fidias, un Homero, un Castelar, un Goya, un Sarasate. En tan reñido y singular combate, vence un solo mortal al mundo entero.

No son siempre los menos, los caídos, que se alzan, por su esfuerzo, triunfadores los menos, de la plebe son señores,

seres santos, fecundos, escogidos. ¿Somos pocos? ¿Qué importa, si la idea inmortales nos hace en la pelea?

#### III LOS MEJORES

Porque el pueblo te sigue, te engrandeces, y el mejor de los hombres te reputas. Al mentir y adular cómo disfrutas y en la fácil victoria te adormeces!

¿Quizá son los mejores los logreros, los tramposos y fátuos vividores? ¿Acaso, charlatán, son los mejores, los procaces y falsos caballeros?

Hay algo más que el número despótico, que la ley del más fuerte ó más ósado, algo que nos eleva ó nos deprime:

el amor a la tierra patriótico, el del sabio, corpúsculo olvidado, y la del arte inspiración sublime.

X, Y, Z.

### José García Ortas

Cuento del Sábado

## De los humildes

En el establecimiento de muebles que en la calle Mayor tiene nuestro amigo don Andrés Plazas, hemos visto unos cuadros del joven pintor don José García Ortas.

Son unos retratos muy bien hechos y que revelan unas grandes condiciones en el autor para el difícil arte de la pintura.

Es la primera vez que exhibe aquí sus trabajos y que se da a conocer en Cartagena, pues ya en la escuela de San Fernando y en el Círculo de Bellas Artes de Madrid, es conocido y alentado por sus profesores que reconocen en él condiciones excepcionales, habiendo obtenido varios premios en ambos centros.

Joven aún y entusiasta del bello arte a que se dedica, es José García Ortas, una esperanza y un artista que nosotros esperamos llegue a la cumbre a que por sus méritos y entusiasmo es acreedor.

## No hay prórroga

Madrid 23-9-m.

A las deferentes peticiones que se le han hecho al ministro de la Guerra sobre prórroga para la redención al metálico del servicio militar, ha contestado, que cumpliendo con la ley, no concederá este año prórroga al plazo señalado y que termina el día 30 del actual.

Igual medida se adoptará para los excedentes de su cupo.

## DE SOCIEDAD

En el tren correo de hoy ha salido para Madrid nuestro querido amigo el ilustrado abogado D. Vicente Monmeneu.

Le deseamos un feliz viaje.

Ha regresado de su excursión veraniega el digno juez de instrucción de este partido D. Francisco Torres Babi, el que se ha posesionado inmediatamente de su cargo.

Reciba nuestro saludo de bienvenida.

—Se encuentra enfermo de algún cuidado nuestro querido amigo el letrado de este colegio D. Alberto Colao. Por su pronto restablecimiento nos interesamos de todas veras.

Fué un sonido largo, penetrante y agubre; un tañido, que tenía algo de aterrador rugido de león; que, brotando seco, soberbio, desenvuelto con mística melancolía, como funeral cántico y confundiose tardamente con el bulicio plebeyo. Y a seguida sonó otra campanada, otra campanada de nota más alta pero grave también, y, de nuevo, descendió magestuosa, repercutiendo en el circundante cerro con un eco apagado, aquella nota cávida y vibrante que hacía estremecer... Era el toque de los muertos, la música heráldica que ponía en danza macabra a unos cuantos esqueletos desfigurados, anhelantes, de un compañero que irrumpiera la monotonía del viejo pudridero...

Las graves campanadas habían impuesto hondo silencio en el pueblo. Nadie canturreaba. Las mujeres asustadizas y tímidas por la proximidad de la miseria, interrumpían la mente labor en su calceta, y murmuraban fervorosamente dulces rogativas. Los hombres, la boina entre sus manos, fijos los ojos en tierra, medían con solemne misterio; los chicleos, aquellos revoltosos chicuelos de las carreras, cabriosos y agudos chillidos, presas de profundo respeto, no corrían más, no brincaban, no chillaban; como unas estatuillas de cera se sobrecogían temblorosos bajo los anchos balcones de los suburbios.

Y por la empinada cuesta que viene del Templo, descendían presurosos, ciego en mano, cuatro hombres maltruchos, de vacilantes andares que acompañaban a un sacerdote flacucho, de cuerpo corvo. Y seguía un monaguillo y una turba de mujeres que barbotaban...

Al paso de la comitiva la gente se arrodillaba respetuosa, reverente, inclinando pronunciadamente la cabeza, de muy remota suerte que en las grandes urbes.

Y el típico séquito borróse en la vecina calle, con dirección a la casucha en que se marchitaba una flor: una bella muchacha de veinte años. Y de vez en cuando el monaguillo agitaba la campanilla y un lejano ruido metálico y triste ponía una pincelada más de color en aquel cuadro fuerte.

Una hora después, al agonizar de la

miradas: sus enormes motachos levantaba sus puntas hacia el cielo de una manera amenazante, y su espada de grancho, casi surrada en su tamaño, situada era capaz de llevar el terror a toda una bandera de flamencos.

Con una perspicacia sin igual comprendió la morisca que aquel bravo soldado podría abrirle el camino a su placer; se acercó, pues, al joven descubriéndose el rostro, y con una sonrisa irresistible, díjole de este modo:

—Guarde Dios el hidalgo. ¿A lo que veo, ya que no de valor, os encontráis escaso, de fortuna?

—Por mi vida señora que sois una hechicera peregrina. ¿Cómo acertar habéis podido?

—¿Con que acerté?—le preguntó la joven sonriendo.

—Sí a fé, señora de mi alma, que el ilustre señor duque de Lerma, a quien el cielo dé... lo que merece, con pensar tanto en divertir al rey se olvidó por completo de los tristes soldados de los tercios.

—Y vos, en tanto,—continuó la joven,—tan noble como el rey, pues así me lo dice vuestro porte, privado estáis, sin duda, de obsequiar a la dama a quien améis?

—Y decidme, señora de mi vida,—contestóle el

tejedor electo de Zamora y uno de los hidalgos más ricos de la ciudad a su vez coronada (1)

Criaban los caballeros hidalgos rufos zardos cellos militares bordados primorosamente; gregüescos de velluto de encendido color y con remates de luciente plata; otros ferretos de fino paño de Segovia; ligeros cistoneños adornados con plumas pintorescas; calzaban botas de gamuza con espuelas de plata cincelada, y llevaban por armas fuertes espadas de combat, largas dagas buidas y cortas pero fuertes lanzas.

Debían llevarse aquella tarde seis magníficos toros antruces, que según la vez pública eran de muchas libras, de arrogante presencia y de un arreo sin igual.

Habría de permitirnos el lector que pasemos en claro los incidentes de la lidia hasta llegar al sexto toro.

Unicamente apuntaremos, que aquellos veteranos caballeros con su indomable arrojo, atrancaron aplausos repetidos de la entusiasta multitud.

Por orden de la autoridad, a fin de terminar el espectáculo de una manera conveniente, se dijo para el último de todos al toro más bravo; y al

(1) En aquella época la ciudad de Murcia no había añadido aún la séptima corona a su escudo de armas

pues su más aspecto y el desenfoque que mostaba, impidieron un salto y prun en: en cuantos labios indolentes oyaron desplegarse en son de queja.

A poco Estrella estaba colgada muy cerca de la escoba, cuyo bello zapato se venenó su corazón, celoso cau ámbola tormentos finitos. Tan sólo alcanzó a ver al desdichado esclavo, que, oculto en un rincón de la cercana galería desahogada los pajes, contemplaba a la esclava con un amor intenso y delirante cuya contemplación murió por completo a la morisca y estuvo a punto de volar loca.

Apartem los ojos un momento de este oscuro horizonte tan cargado de nubes, y volvamos la vista a la muchacha donde van á chocar dos fuerzas poderosas y bravas, destacadas: la del hombre y la del hombre.

Resulta de los documentos que hemos podido procurarnos, que figuraba como beneficiario en aquella lidia, D. Diego B. acamente, del hábito de Santiago; D. Juan de Bienaventu Rosique, del hábito de Alcántara; los bravos capitanes Luis de Molina y Nicolás G. stre de Cáceres, los valientes hidalgos Andrés García de Cáceres, Juan Martínez Fortun y el garcero murciano Juan Thomás, que era hijo de D. Diego, procurador á Cortes, co-